

I

FUNDAMENTOS DE LA POLÍTICA MILITAR

Complejidad del planeamiento para la defensa.

Una de las características de nuestra época es la creciente interdependencia de los fenómenos económico, político, social y militar. Es difícil, no sólo el examen aislado de uno de ellos, sino la determinación del grado de influencia que cada uno ejerce sobre los otros e incluso el sentido de esa influencia. Esto produce una gran complejidad del planeamiento para la defensa, aumentada por otros dos factores: el rápido progreso tecnológico y el largo tiempo requerido para la producción de los modernos sistemas de armas. Tal complejidad ha llevado en todos los países a un esfuerzo por racionalizar las decisiones, que ya no pueden dejarse a la intuición, a la inspiración personal del momento. Los numerosos factores que condicionan la política militar—interiores y exteriores al propio país—han de ser valorados y coordinados en función de la amenaza probable, y este proceso tiene que ser, para lograr eficacia, un proceso continuo. Sólo unos órganos permanentes apropiados pueden realizar esta función.

Acceptando la simplificación que comporta todo esquema, puede decirse que la política militar debe derivarse de una *doctrina estratégica*, formulada para alcanzar los *objetivos nacionales*, con unos *recursos*, contra ciertas *amenazas*, y en una *situación dada*.

La política militar americana ha experimentado modificaciones en la postguerra debidas a: cambios en la tecnología militar, en la postura estratégica del enemigo y en sus posibilidades militares, en sus objetivos, en la

teoría estratégica—deducidos de un estudio más profundo sobre la naturaleza de la guerra—y en la propia situación interna del país.

Vamos, pues, a examinar, muy brevemente, lo que caracteriza actualmente a estos cuatro factores—amenaza, situación, recursos y objetivos—como antecedentes de la evolución de la doctrina estratégica y la política militar norteamericanas.

Características de la amenaza.

La U. R. S. S., desde que se definió, en la postguerra de la II G. M., como amenaza principal para los EE. UU., se ha presentado con un doble carácter, geográfico e ideológico: como *poder terrestre*, opuesto a la potencia dueña de los mares, y como *cabeza del comunismo* mundial en lucha con los sistemas capitalistas. En los años inmediatos a la II G. M., era más peligrosa la Unión Soviética, vanguardia del comunismo, que Rusia potencia militar. Hoy se han invertido los términos. La revolución universal no forma parte del programa soviético, y Rusia ha perdido la jefatura ideológica del comunismo, cuyo rasgo actual más acusado es el pluralismo, la escisión doctrinal. En la ruptura del antiguo bloque monolítico comunista, tiene especial importancia la rivalidad chino-soviética. El hecho de que la U. R. S. S. haya sido definida como enemigo número uno de China, altera fundamentalmente el planteamiento anterior.

Si en el terreno ideológico la amenaza ha perdido virulencia, en el militar, por el contrario, ha aumentado sus posibilidades, especialmente en el sector clave del armamento nuclear, en el que puede decirse que Rusia ha alcanzado una paridad práctica con los EE. UU., y en la movilidad estratégica de sus fuerzas, donde su inferioridad, todavía evidente, va disminuyendo.

En resumen, la fortaleza militar del enemigo ha eliminado la guerra general como solución realista, y la amenaza ideológica, debilitada, requiere acciones distintas del empleo de la fuerza.

Situación mundial e interna.

La situación mundial actual se caracteriza por el paso de la bipolaridad a la multipolaridad. A la escisión ideológica del comunismo ha correspondido

la aparición de un policentrismo político en el bando occidental, nacido de un deseo de independencia y del temor a la excesiva preponderancia de los Estados Unidos.

En las divergencias de los EE. UU. con sus aliados ha constituido pieza importante la guerra de Vietnam, que tan fuertemente está repercutiendo en el frente interior norteamericano. Ha sido una especie de catalizador de la crisis de la sociedad americana, cuyos males internos son de tal importancia que el informe de una Comisión Nacional—nombrada por el Presidente Johnson y constituida por ilustres personalidades—hecho público recientemente, dice en sus conclusiones: «Declaramos solemnemente que este país aborda un período durante el cual nuestro pueblo estará probablemente más amenazado por los peligros interiores que se ciernen sobre nuestra sociedad que por cualquier coalición de amenazas exteriores»¹. Es decir, la seguridad de los EE. UU puede estar más amenazada desde el interior que desde el exterior. Conclusión de gran trascendencia para el planeamiento de la defensa y de la política militar.

Los recursos norteamericanos.

Este factor, considerado en un sentido amplio, ha influido en la Seguridad nacional y en la política militar, durante la postguerra, en un triple sentido. En primer lugar, relacionando los objetivos militares con los económicos. La política de conservación de recursos de los EE. UU., al guardar enormes reservas de materias primas esenciales dentro de sus fronteras, como «remanentes estratégicos necesarios para la defensa nacional», le hace depender más del exterior para su abastecimiento y liga estrechamente los intereses económicos con los políticos y militares.

Los recursos norteamericanos no han desempeñado, en general, por su enorme magnitud, ese papel tradicional de factor limitativo de la política militar. El presidente Johnson afirmaba, todavía recientemente, que los Estados Unidos eran capaces de soportar el esfuerzo de guerra de Vietnam y construir al mismo tiempo la «Gran Sociedad». Sin embargo, el coste creciente de los gastos de Defensa, que el año 1967 llegaron a representar cerca de un 10 por 100 del P. N. B. y más de un 50 por 100 del presupuesto federal, ha

¹ *Un an de présidence Nixon*, "Le Monde", 18 enero 1970.

hecho pensar que existen límites hasta en los recursos norteamericanos y emprender una investigación de sus auténticas posibilidades económicas.

Otro aspecto de este factor «recursos» es la tecnología que, al conseguir nuevos ingenios y medios de guerra, incide directamente en la doctrina estratégica. El progreso tecnológico ha producido las armas termonucleares, de manejo muy delicado y peligroso como medio de presión, cuyo desarrollo, que exige gastos fabulosos, no sólo no aumenta la seguridad, sino pone en peligro la conseguida por ese precario equilibrio del terror.

Objetivos nacionales.

El interés nacional de los EE. UU. exige que ninguna potencia o grupo de potencias hostiles domine Eurasia o una porción suficiente de la misma, cuyos recursos puedan plantear una amenaza seria a la isla continental norteamericana. Ese interés—incompatible con el principio de aislacionismo que había informado su política durante siglo y medio—fue asegurado en la postguerra por la llamada política de contención, que se tradujo en acuerdos de ayuda militar con cuarenta y dos naciones del mundo. El país al que sus fundadores y primeros presidentes previnieron contra las «alianzas comprometedoras», se encontró más comprometido que lo estuvo jamás potencia alguna en toda la superficie del planeta.

La llamada «crisis de los cohetes», en Cuba (1962), es el punto de partida de una nueva política que aspira al entendimiento con la U. R. S. S., como único medio de alcanzar la seguridad del mundo. Esta política ha conducido a los tratados de prohibición de pruebas nucleares, no proliferación, desmilitarización de fondos marinos, neutralización del espacio, etc., y a las conversaciones sobre limitación de armamentos nucleares, en curso actualmente.

El presidente Nixon, que comenzó su mandato definiéndolo como «el fin de una era de confrontación y el principio de una era de negociación», ha caracterizado su actitud con la expresión «low profile», dar a la política de Estados Unidos un perfil bajo. Es decir, una imagen más modesta de los Estados Unidos, disminuyendo la presencia física del americano en el mundo. Ello está de acuerdo con las ideas de «regionalización» mantenidas por el antiguo profesor de la Universidad de Harvard y actual asesor especial del presidente, Henry Kissinger. Ideas que se concretan en la exigencia de mayores

responsabilidades y participación de los aliados en la defensa común, manteniendo la ayuda económica y militar estadounidense, pero reduciendo o suprimiendo la ayuda en hombres.

El repliegue de los compromisos contraídos por los EE. UU., durante más de veinte años, no va a ser fácil. La retirada de Vietnam, objetivo preferente de la política americana, lo está demostrando. En cualquier caso, los límites del repliegue norteamericano estarán claramente marcados por sus intereses económicos y de seguridad. Hoy no puede ni pensarse en el antiguo aislacionismo con su versión militar de «América Fortaleza».

II

EVOLUCIÓN DE LA DOCTRINA ESTRATÉGICA NORTEAMERICANA

Antecedentes del pensamiento militar americano.

La doctrina estratégica americana, de la que se deriva directamente la política militar, ha evolucionado después de la II G. M. en función de los factores variables ya mencionados, pero tiene sus raíces en hechos, de índole geográfica e histórica, cuya influencia es permanente.

La característica geográfica más destacada de los EE. UU., desde el punto de vista militar, es su insularidad estratégica, que le ha proporcionado seguridad y le ha obligado a ser una potencia esencialmente marítima, ya que todas sus intervenciones tendrán siempre que ser sostenidas principalmente por mar. Aunque el desarrollo del poder aéreo y los proyectiles balísticos han suprimido su invulnerabilidad y han restringido las posibilidades anteriores de las fuerzas navales, no es menos cierto que éstas conservan una importancia primordial, no sólo en su papel tradicional, sino como bases móviles de armas nucleares. En el aspecto logístico, el 98 por 100 de los abastecimientos de todas clases enviados al S. E. de Asia se transportan por mar. Como tal potencia marítima, su estrategia ha sido la clásica periférica del poder naval: jalonar sus rutas marítimas por una cadena de bases y puntos de apoyo, y llevar la defensa a las costas del mundo continental, asegurándose en ellas su posición avanzada. En cuanto a las fuerzas de tierra, su papel ha respondido al concepto de ejército expedicionario.

En cuanto a la influencia histórica, hay dos ideas tradicionales que han dejado su huella en la evolución del pensamiento estratégico norteamericano: la oposición entre guerra y política y la desconfianza hacia el poder militar.

Según la primera, la guerra queda fuera del campo de la política y su conducción se funda en consideraciones puramente militares. La política termina cuando empieza la guerra. El objetivo de la guerra es la rendición incondicional. Con la victoria termina la tarea de los militares y empieza otra vez la de los políticos. El concepto de guerra limitada, de objetivos políticos que no exijan la destrucción completa del enemigo y su rendición incondicional, no tienen cabida en este pensamiento tradicional. La II G. M. ofrece numerosos ejemplos de la aplicación de esta idea, y la guerra fría que le sucedió ilustra su resultado.

La desconfianza hacia el poder militar es más antigua que los propios Estados Unidos como nación. En la Declaración de Derechos de 1774—dos años antes de la Independencia—se dice que «los ejércitos permanentes son peligrosos para la libertad». Así, el pensamiento americano sobre la defensa se desarrolló basado en la movilización de voluntarios y milicias cuando el caso lo exigiera. Todavía en 1914 el presidente Wilson manifestaba que los Estados Unidos nunca debían tener un ejército permanente. Las victorias sobre Alemania, prototipo de un país militarista, parecían confirmar la superioridad del sistema americano que descansaba en la riqueza de medios, en el progreso tecnológico y la capacidad industrial, pero excluyendo un ejército profesional permanente. Aun en la preparación para la II G. M., Roosevelt llegó a pensar en la posibilidad de ganar la guerra sin llegar a empeñar los ejércitos americanos en combate terrestre, una idea siempre atrayente para la opinión y los dirigentes americanos, y que veremos rebrotar con frecuencia.

Teoría de la represalia masiva.

Las enseñanzas deducidas de la II G. M. inspiraron, como era inevitable, la doctrina de la época inmediatamente posterior. El aniquilamiento del Japón, por las explosiones atómicas de Hiroshima y Nagasaki, había confirmado el carácter decisivo de los bombardeos estratégicos. La fuerza aérea americana poseía el arma absoluta. Un tratadista de estrategia caracteriza así el pensamiento americano de la postguerra: «No puede haber otra guerra ya que el mal ha sido derrotado y la nación americana, amante de la paz, es la única

que posee el arma definitiva. Si a pesar de ello la guerra surge, se luchará con máquinas no con hombres. Nunca más habrá que combatir en guerras largas, prolongadas, que pertenecen al pasado»².

Con esta esperanza los EE. UU. desmovilizaron y apenas concedieron a las fuerzas combatientes clásicas algún valor, dedicándose a la producción de bombas atómicas y bombarderos de gran alcance. Si el ataque enemigo se produjera, había que detenerlo en su origen con la destrucción de sus más importantes centros e instalaciones. Para poder llevar a cabo esta respuesta, inmediata y destructiva, eran necesarias bases; los pactos de defensa colectivos y bilaterales facilitaron a los EE. UU. dichas bases.

La gran paradoja es que esta estrategia, basada en las armas atómicas, revela una concepción de la guerra no afectada todavía por el hecho atómico. Las armas nucleares se consideraban simples bombas de más potencia destructiva. Dado el monopolio atómico americano, no se pensaba en las consecuencias políticas y estratégicas que producía la existencia de estas armas. El pensamiento estratégico no examinaba ningún escalón intermedio entre la guerra total y la paz total.

La guerra de Corea terminó con todos estos axiomas de la doctrina norteamericana. Nada ha cambiado tanto el curso del pensamiento militar de un país como el estallido de esa guerra, «una guerra limitada, en tierra, la clase de guerra que nunca debería haber sucedido»³.

Se hizo patente que la amenaza de represalia masiva carecía de credibilidad y que, además, privaba a los EE. UU. de libertad de acción, al ponerles en el dilema de sufrir una humillación o desencadenar una guerra nuclear, faltos de otros medios con que responder a una agresión limitada.

Sin embargo, fueron necesarios diez años para que estas ideas se tradujesen en una nueva política militar. El gobierno del general Eisenhower siguió basando su estrategia en la disuasión por la amenaza de una guerra general. Toda agresión debía encontrar una respuesta inmediata: un ataque masivo de la fuerza nuclear americana. Los EE. UU. no debían debilitarse en guerras agotadoras llevadas a cabo en zonas periféricas. En conflictos mantenidos con armas clásicas, combatiendo hombre por hombre, carro por carro, se encontrarían en condiciones de inferioridad. En palabras de un general ame-

² *American Strategy: A New Perspective*, "URS SCHWARZ Anchor Books", 1967.

³ *Die Entwicklung der amerikanischen Militärdoktrin*. PETER ALTHÄUS, *Wehwissenschaftliche Rundschau*, enero 1969.

ricano, el objetivo era: «...zafarse de una guerra sucia y cara con las masas comunistas en tierra firme...»⁴.

En Europa, donde las fuerzas americanas simbolizaban la decisión de Estados Unidos de defenderla, se hacía una excepción de esta rígida fórmula, admitiendo una fase de defensa convencional. Las unidades clásicas son el escudo, y el Mando Aéreo Estratégico la espada nuclear. Cuando se consigue disminuir el tamaño de las armas atómicas, para su empleo táctico, se atenúa aún más esa rigidez, pues es a las armas atómicas, llamadas tácticas, a las que se encomienda la respuesta a una agresión convencional que no pueda detenerse por otros medios.

Concepto de respuesta flexible.

Durante el gobierno del general Eisenhower las luchas entre los ejércitos, para imponer sus puntos de vista estratégicos y conseguir una mayor parte del presupuesto de Defensa, fueron más violentas que en ningún otro período. Estos conflictos internos tuvieron su aspecto positivo: produjeron un gran interés por los estudios estratégicos y permitieron desarrollar y profundizar el pensamiento militar americano. Uno de sus más brillantes expositores, el jefe del Estado Mayor del Ejército, general Maxwell Taylor, propuso en el año 1956 a la Junta de Jefes de Estado Mayor, un Programa Militar Nacional en el que se oponía a la teoría de represalia masiva, desarrollando el concepto que luego se llamó de la respuesta flexible.

El presidente Kennedy recogió estas ideas y, recién llegado al poder, proclamó un nuevo principio: «La acción diplomática y la militar no son ya dos alternativas que se excluyen mutuamente, teniendo una que imperar cuando la otra falle; ambas deben considerarse complementarias»⁵. De acuerdo con este principio, tan alejado del pensamiento tradicional americano, debía hacerse frente a cada agresión o amenaza de agresión con los medios apropiados y en el nivel correspondiente a la naturaleza de cada una, desde movimientos diplomáticos, maniobras o movilizaciones parciales, hasta las armas nucleares más potentes. En este abanico de medidas es necesario incluir fuertes medios militares convencionales, si se quiere estar en condiciones de adap-

⁴ *Und so die Posaune... General Maxwell Taylor*, Güterlosh, 1962.

⁵ *Mensaje del presidente al Congreso*. John F. Kennedy, 28 marzo 1961.

tar la respuesta al ataque. La proporción entre armas nucleares y clásicas se alteró a favor de estas últimas, y el poder militar de los EE. UU. se estructuró en «Fuerzas estratégicas», para la guerra nuclear total, y «Fuerzas de empleo general» para las guerras limitadas.

Guerra nuclear general.

En la doctrina para la guerra nuclear general, desarrollada por el ministro de Defensa McNamara, es donde el pensamiento americano se presenta en su carácter más original y relevante. Según la doctrina McNamara, el concepto de superioridad nuclear, en que se había basado la política militar anterior, no tiene sentido. Lo necesario es poseer una capacidad de *destrucción asegurada*, de infligir un *daño inaceptable* a un agresor, incluso después de un ataque por sorpresa sobre los Estados Unidos. El daño considerado inaceptable para una nación es la destrucción de un cuarto a un tercio de su población y de un medio a dos tercios de su capacidad industrial. Este resultado debe poder alcanzarse en las peores condiciones de comienzo de la guerra, es decir, por las fuerzas supervivientes a un ataque nuclear enemigo inicial. Es lo que se llama «second strike capability» o *capacidad de réplica*.

Según los cálculos actuales, las fuerzas americanas de represalia, supervivientes en el caso de un primer ataque enemigo, podrían causar a la U. R. S. S. unos ciento veinte millones de bajas y destruir un 80 por 100 de su capacidad industrial. Con estos datos los EE. UU. estimaron que habían alcanzado el nivel de armamento nuclear que asegura la destrucción óptima de los adversarios posibles, incluso después de haber sido atacado y *cualesquiera que sean las fuerzas enemigas*.

La doctrina de la disuasión se complementa, para el caso de que llegara, a pesar de todo, a estallar una guerra nuclear, con el concepto de *limitación de daños*. Los daños inaceptables para los EE. UU., según el criterio expuesto, serían la pérdida de cincuenta a sesenta y cinco millones de habitantes. Se calcula que las pérdidas actuales serían muy superiores y deben ser reducidas gracias a un perfeccionamiento de los refugios antiatómicos, así como los sistemas de alarma e interceptación y los antimisiles. Este tema de los antimisiles o misiles antibalísticos (ABM), es objeto de apasionado debate en los Estados Unidos desde hace años. Su fabricación fue propuesta por el Pentágono al conocerse la construcción de un sistema de defensa antimisiles alre-

dedor de Moscú. El secretario de Defensa rechazó la propuesta del Pentágono y apoyó, posteriormente, un sistema—Centinela—para la defensa contra un ataque procedente de China Roja. La polémica, centrada sobre la eficacia y el coste fabuloso del proyecto Centinela, se agravó con la protesta de las ciudades donde iban a instalarse los misiles. El programa, modificado por el gobierno Nixon, pasó a llamarse Salvaguardia, y consistirá ahora en la protección no de las ciudades, sino de los asentamientos de misiles intercontinentales, para asegurar las fuerzas de represalia contra un posible primer ataque enemigo.

Hasta aquí la doctrina McNamara, en la que va implícita la aceptación de una paridad nuclear con la U. R. S. S., siempre que los EE. UU. conserven su capacidad de *destrucción asegurada*; que es la verdaderamente significativa por cuanto es la que disuade.

Guerra limitada.

El cálculo de necesidades de fuerzas clásicas para las guerras limitadas está más relacionado con las alianzas y compromisos de los EE. UU. en el mundo que con la defensa de su propio territorio. La gran variedad de situaciones y conflictos de este tipo posibles, exige una determinación previa de las contingencias más probables, como hipótesis estratégicas en que basar las decisiones de política militar.

La directiva de planeamiento de McNamara se basaba en la necesidad de mantener fuerzas suficientes para combatir en dos guerras importantes, una en Asia frente a un ataque de China, y otra en Europa, además de un conflicto de menor escala en el Caribe y una reserva estratégica. Lo que se ha llamado estrategia de dos guerras y media. Esta hipótesis estratégica condujo, en lo que a fuerzas de tierra se refiere, al aumento de once a dieciocho Divisiones.

En el estudio hecho sobre las condiciones de empleo de estas fuerzas se ha dedicado una gran atención a los sistemas que permiten reducir el *tiempo de reacción*. El más seguro es el mantenimiento permanente de fuerzas en las zonas de posibles conflictos. Utilizado en Europa y en el Pacífico, este sistema tiene limitaciones obvias por razones financieras y políticas. Otro método consiste en disponer, en territorio nacional, de una fuerza en estado de alerta inmediata y capaz de ser rápidamente trasladada por medios aéreos o marítimos al teatro de operaciones eventual. La rapidez de la intervención puede

ser aumentada por el establecimiento de depósitos de material, equipo y abastecimientos en las zonas de acción probables, con lo que se reduce el transporte por vía aérea al personal y equipo ligero: sistema llamado de doble base.

El factor tiempo es de una importancia determinante en la búsqueda de un equilibrio entre las fuerzas en activo y en reserva. Se prevé que dentro de unos años todas las fuerzas estacionadas en los EE. UU. podrán ser trasladadas a ultramar en unos treinta días. Este es el plazo en que deberán encontrarse en condiciones operativas las unidades de reserva.

III

TENDENCIAS ACTUALES Y PERSPECTIVAS FUTURAS

Las líneas generales de la actual política militar de los Estados Unidos son:

- Disminución de efectivos y gastos.
- Mantenimiento de una capacidad de represalia que haga irracional la guerra nuclear.
- Reducción de fuerzas clásicas, con repliegue de unidades en ultramar, y aumento de su rapidez de reacción.

Disminución general de efectivos y gastos.

Las fuerzas armadas de los EE. UU. llegaron a alcanzar tres millones y medio de hombres, cuyo coste suponía aproximadamente un 50 por 100 del presupuesto federal y un 10 por 100 del P. N. B. El año 1969 se inició un programa de reducción de efectivos y limitación de gastos, que prevé la disminución de 540.000 hombres para 1971; el presupuesto del próximo año fiscal ha disminuido en 6.000 millones de dólares, quedando en un 37 por 100 del presupuesto y poco más del 8 por 100 del P. N. B.

Se ha estudiado la creación de un ejército profesional de voluntarios que permitiera la supresión del servicio militar obligatorio. Este proyecto, muy popular en el país, tropieza con graves inconvenientes por sus posibles consecuencias políticas y sus implicaciones económicas, opuestas a la línea general

de reducción de gastos. Desde el punto de vista puramente militar, las razones que lo inspiran fueron ya expuestas por el presidente Nixon en su campaña electoral, en la que dijo: «Corea ha sido probablemente nuestra última guerra clásica. Las del futuro, para las que debemos prepararnos, serán enfrentamientos nucleares, en donde los soldados de reemplazo no tienen ningún papel que desempeñar, o guerras subversivas, guerrillas»⁶.

Capacidad de represalia nuclear.

La doctrina McNamara para la guerra nuclear, basada en el concepto de *destrucción asegurada*, supone que el enemigo no tiene posibilidad de destruir las armas nucleares americanas en un ataque por sorpresa. Admitido este supuesto la superioridad nuclear del adversario no significa nada, pues la destrucción, a que de todas formas se expone, le disuade.

El aumento de potencia nuclear de la U. R. S. S., que ha alcanzado prácticamente la paridad con los EE. UU., y los perfeccionamientos en las armas nucleares—mayor precisión, cabezas múltiples—hacen temer que la Unión Soviética pueda buscar lo que los americanos llaman «first strike capability», es decir, la posibilidad de eliminar las fuerzas americanas de represalia atacando primero. Aunque tal acción está muy lejos de las posibilidades soviéticas actuales, la superioridad rusa en armas nucleares puede encerrar un tremendo riesgo, contra el que no sería garantía suficiente la capacidad de *destrucción asegurada* en que se funda la doctrina vigente. Esta doctrina, elaborada en una época en que la superioridad americana era aplastante y no parecía amenazada, no ha previsto las hipótesis posibles en caso de superioridad soviética. El peligro, al que el propio presidente Nixon se refirió en su mensaje al Congreso de febrero pasado, y sobre el que se especula mucho actualmente en los EE. UU., se plantea en la forma siguiente. De los tres sistemas de armas que comprenden las fuerzas estratégicas americanas—misiles intercontinentales, bombarderos estratégicos y misiles lanzados desde submarinos—, los dos primeros son muy vulnerables, ya que tanto los asentamientos de unos como las bases de otros están exactamente localizados. La U. R. S. S. podría, en un ataque por sorpresa, destruir la mayoría de los silos donde están alojados los

⁶ *Vers une politique nouvelle de défense?* MALCOLM W. HOAG, "Strategie número 19 3.º-1969", Institut Français d'Etudes Stratégiques.

misiles—situados en la parte septentrional, relativamente despoblada, del país—y las bases de los bombarderos en ultramar. La casi totalidad de la población y las ciudades americanas habrían quedado intactas y la Unión Soviética mantendría una gran reserva de armas nucleares, más que suficiente para destruir totalmente los EE. UU. si estos trataban de reaccionar. El presidente americano se encontraría ante un terrible dilema. ¿Sería capaz de ordenar un ataque de represalia, con los misiles lanzados desde submarinos, sabiendo que condenaba a una destrucción cierta a todo el país? Esta hipótesis, considerada extrema y muy improbable, demuestra el peligro de dejar aumentar la superioridad soviética, y el riesgo de basarse exclusivamente en el concepto de destrucción asegurada.

Mientras se celebran las conversaciones para la limitación de armas estratégicas, cuyo resultado más probable parece que será la limitación de la cantidad pero no de la calidad de los misiles, las orientaciones de la política militar de los EE. UU., en su aspecto nuclear, son:

— Cambio de sus misiles intercontinentales por un nuevo tipo—Minute-man 3—con tres cabezas nucleares, y de los Polaris, lanzados desde submarinos, por el tipo Poseidón, capaz de llevar hasta diez cabezas nucleares.

— Instalación de los misiles intercontinentales en bases móviles o más protegidas, y defensa de los asentamientos por misiles antibalísticos.

— Mantenimiento de la diversificación de sistemas de ataque con armas nucleares, reemplazando a los bombarderos B-52 por un nuevo tipo de avión estratégico tripulado.

Reducción de fuerzas clásicas.

El presidente Nixon también se refirió, en su mensaje citado, al cambio en la doctrina estratégica para el empleo de las fuerzas clásicas. La llamada estrategia de dos guerras y media ha sido sustituida por la de una guerra y media. La hipótesis de planeamiento anterior, fuerzas para combatir en Asia, Europa y otro conflicto menor, se ha calificado de falta de realismo. El nuevo concepto está dirigido al mantenimiento de fuerzas para una guerra en Europa, con una reserva estratégica capaz de combatir en Asia o en Europa, pero no en ambos teatros de operaciones simultáneamente, y una pequeña fuerza aerotransportada, muy móvil, para intervenir en el Caribe o en otro conflicto

de carácter reducido. Este concepto implica el cambio de prioridad al teatro de operaciones de Europa y una disminución de fuerzas terrestres convencionales. El número de Divisiones, que fue aumentado de once a dieciocho en los años 60, será ahora reducido.

La disminución de fuerzas prevista no se realizará hasta que los Estados Unidos replieguen sus unidades de ultramar, de acuerdo con los planes de *vietnamización* de la guerra en el Este y lo que se ha llamado, por analogía, *europaización* de la guerra en el Oeste, es decir, la retirada, si no total parcial, de las fuerzas americanas en Europa. La concentración de medios en los Estados Unidos irá unida a un gran aumento de la movilidad estratégica de las unidades americanas que haga posible su intervención desde suelo nacional.

Los programas de aumento de movilidad estratégica están basados en la entrada en servicio de los aviones C-5A que transportan incluso los carros y los helicópteros medios, y que elevará de uno a veinte la capacidad de transporte aéreo.

En la misma línea están las realizaciones del llamado *despliegue logístico rápido*, que prevé la constitución de unos treinta buques de gran velocidad, especializados, para asegurar el apoyo logístico de las unidades de intervención desembarcadas. Verdaderos depósitos flotantes se mantendrán estacionados en zonas de ultramar, cerca de los posibles conflictos, o preparados a la intermediación del material y equipo a transportar, en puertos americanos...

La Marina y Fuerza aérea no parece experimentarán reducciones similares al Ejército de Tierra, y los programas actuales se centran en la modernización y renovación de su material, especialmente en la Marina, cuyo problema es el de envejecimiento de los buques, la mayoría procedente de la II G. M., frente a la Armada soviética menos poderosa pero más moderna y en plena expansión.

Posibles consecuencias de la actual política.

La realización de los programas derivados de esta política militar dependerá, naturalmente, del desarrollo de los acontecimientos internacionales y exigirá, en cierto modo, la colaboración de la U. R. S. S. y de los aliados de Estados Unidos. De la U. R. S. S., en cuanto no impida con su presión militar el repliegue de las fuerzas americanas, y de los aliados, aceptando esa partici-

pación mayor en las responsabilidades de defensa que forma parte de los planes de retirada estadounidenses.

En todo caso, las líneas generales de esta política militar se asemejan extraordinariamente a las trazadas por el presidente Eisenhower hace quince años—Nixon era entonces vicepresidente—, más acordes con las ideas tradicionales americanas: Máximo uso de los avances científicos y tecnológicos para disminuir las necesidades de hombres; mantenimiento de un fuerte poder de represalia; empleo de las fuerzas de las naciones aliadas en guerras locales; conservación en territorio nacional de una potente reserva de fuerzas muy móviles.

Así se está dando el caso de que dos doctrinas estratégicas opuestas conduzcan a una política militar análoga. El concepto de respuesta flexible sigue oficialmente vigente, pero, si las insuficiencias presupuestarias y la presión pública llevan a una fuerte reducción de fuerzas clásicas, no podrá en la realidad aplicarse. Lo que muestra la interdependencia de los factores base de la política militar. Aunque, normalmente, la política militar es determinada por la doctrina estratégica, puede suceder que una política militar adoptada en vista de otras consideraciones, conduzca indirectamente a un cambio en la doctrina. Este ejemplo americano no hace más que confirmar lo que señalábamos al principio de este trabajo: la necesidad de coordinar lo militar con lo político, económico y social, y la exigencia actual de racionalizar las decisiones basándolas en estudios y previsiones hechas por organismos permanentes y especializados.

Luis SAEZ LARUMBE.

